

Contenido

1. Ejemplos bíblicos de rechazo	1
2. El anhelo de contacto social	13
3. Reacciones incorrectas ante el rechazo	21
4. Cuestiones fundamentales del rechazo	47
5. El nuevo centro	61
6. Aceptos en el Amado	75
7. Permanecer en Cristo	91
8. Recibirnos unos a otros	115

Introducción

“También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita” (2 Timoteo 3:1–5).

Cuando vemos esta imagen de los postreros días, quizá nos preguntemos si Pablo no estaba atisbando, con la ayuda del Espíritu Santo, el mundo del siglo veintiuno. Si acaso notamos algún parecido con dicha imagen, hay motivo de alarma. Tenemos serios problemas.

En la actualidad, algunos cristianos (incluso algunos inconversos) se lamentan, con razón, de que los psicólogos han catalogado cada peculiaridad propia de la experiencia humana como algún tipo de desorden mental, síndrome o neurosis. Este fenómeno nos parecerá cómico, pero en realidad representa una cuestión preocupante, porque oculta un problema más serio. Los vientos prevalecientes de una sociedad inclinada a la autocomplacencia soplan de manera violenta y peligrosa. A los que se aman a sí mismos, les repugna la autoridad, deshonoran los compromisos, sacian sus apetitos con desmedida avidez, lastiman y aborrecen al prójimo e, irónicamente, terminan odiándose a sí mismos.

El egocentrismo, la indiferencia hacia el prójimo y la consiguiente fractura de las relaciones interpersonales tienen un costo muy alto. La gente vive con ansiedad, soledad, resentimiento, desánimo, dolor y desesperación. Tal vez, los psicólogos exageren en sus catalogaciones, pero cabe indicar que también registran el espantoso estado de una cultura que insiste en amarse a sí misma hasta la muerte.

Es natural que los amadores de sí mismos rechacen a otros. Y sin Dios, los rechazados carecen de recursos para sanar.

¡Pero hay esperanza! La Biblia está colmada de ejemplos de personas que experimentaron el rechazo, tanto de quienes respondieron bien como de quienes reaccionaron mal. Jesús mismo fue rechazado.

Cuando experimentamos el rechazo, no estamos condenados a pasar el resto de nuestros días hundidos en la desdicha, la frustración, y el resentimiento. La Palabra de Dios muestra el camino, y Cristo brinda el ejemplo.

Mi deseo es que el presente estudio sea franco y práctico. Pasaremos por valles de realismo: la Palabra de Dios no pasa por alto el dolor y la pena del sufrimiento humano. También ascenderemos a cumbres de gracia y madurez espiritual, pues, a su vez, la Palabra nos asegura que existen respuestas adecuadas para las dificultades que enfrentamos. Podemos llevar vidas colmadas de gozo y desarrollar un carácter firme, no a pesar del rechazo, sino precisamente como resultado de él. Dios es más que capaz... si permitimos que sea nuestro Dios.



Ejemplos bíblicos de rechazo

Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4).

“Estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. (1 Corintios 10:11).

Estos y otros pasajes nos muestran cuánto podemos beneficiarnos de estudiar las historias de hombres y mujeres en la Biblia. Eran seres humanos de carne y hueso como nosotros, que experimentaron pruebas y desafíos, desengaños y victorias. Pecaron, sufrieron, sangraron, lloraron, oraron. Algunos se volvieron a Dios y otros se apartaron de él.

En las siguientes páginas, observaremos algunos hombres y mujeres de la Biblia que experimentaron el rechazo. Sus historias abarcan muy diversas situaciones y muestran buenas y malas reacciones. Espero que podamos beneficiarnos de sus experiencias, y estar mejor preparados para hacer frente a los huracanes del rechazo en nuestra propia vida.

Ejemplo No. 1: Agar fue rechazada por Saraí (Génesis 16).

Cuando Agar quedó embarazada de Abram, la relación entre ella y Saraí cambió. No era solamente

cuestión de que Saraí le tuviera envidia, sino también de que Agar despreciaba a su señora.

Aparentemente, Agar pensaba que su capacidad de concebir le daba más importancia que Saraí. Aunque era sierva, ahora podría conferir a Abram el título de padre, cosa que Saraí no había podido hacer. Agar asumió cierto aire de superioridad y desdeñó a la señora que no podía tener hijos.

Saraí percibió el cambio en Agar y se quejó ante Abram. Pero él, típico de hombre que no quiere revolver el avispero, le dijo: “Haz con ella lo que bien te parezca”.

Y eso fue lo que hizo Saraí. Ya conocemos el relato: Saraí aflige a Agar, lo cual provoca la huida de la joven sierva. Luego, Dios la envía de vuelta al hogar de Abram, donde vive por otros diecisiete años.

Pero aquí no termina la historia. Posteriormente, Saraí queda embarazada e Isaac pasa a ser un integrante de la familia. Años más tarde, Saraí descubre que Ismael se burla de Isaac. Su primera reacción fue expulsar al hijo junto con su madre (Génesis 21:10–14). Aquí podemos observar varios detalles relacionados con nuestro tema:

1. Ismael asumió la misma actitud de superioridad que mostró su madre algunos años antes.
2. La reacción de Saraí para con Ismael seguramente se hallaba cargada con sentimientos heridos de años pasados. ¡Las ofensas mal resueltas terminan en la putrefacción! Y cuanto más tiempo se albergan, más problemas generan.
3. Por lo tanto, el rechazo mal resuelto engendra más rechazo, y en más de un sentido. Yo te rechazo a ti, y tú me rechazas a mí. No sólo eso, sino que también cuando yo te rechazo a ti, todos los que

están “de mi parte” tenderán a verte desde la misma perspectiva negativa. Familias enteras rechazan a otras familias. Naciones y razas enteras se miran con recelo. El rechazo puede continuar por años, incluso por generaciones.

Ejemplo No. 2: José fue rechazado por sus hermanos (Génesis 37).

Una de las ironías de la infancia y juventud de José fue que dentro de su familia, era el más favorecido (por su padre) y a la vez, el más aborrecido (por sus hermanos). Cuanto más lo favorecía su padre, más parecía empeorar la actitud de sus hermanos. José no siempre contribuyó a una mejoría en la situación. Le contaba a su padre del mal comportamiento de sus hermanos fuera de casa. Y el hecho de contar sus sueños delante de todos los irritaba a más no poder.

Con esto no estamos justificando el rencor de los hermanos. Ellos aborrecían profundamente a José, y a la primera oportunidad, con gusto lo vendieron como esclavo.

Apenas podemos imaginarnos el cuadro de José suplicándoles entre sollozos, mientras regateaban con los comerciantes sobre su precio. Por maliciosos que fueran, el recuerdo les quedó grabado incluso en sus conciencias encallecidas, al punto en que años más tarde confesaron: “Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta angustia” (Génesis 42:21).

¡Cómo remuerde la conciencia el rechazo y se graba en la memoria! ¿Qué podemos observar en esta tienda familiar tan triste?

1. El rechazo en las relaciones de familia puede estar vinculado con el favoritismo. Si bien Jacob podría haber negado que rechazaba a los otros hijos, el favoritismo con que trataba a José era percibido como un rechazo hacia los demás. El rechazo a José se alimentaba del trato especial que le daba su padre, como por ejemplo la túnica multicolor.
2. Cuanto más íntima la relación, más doloroso el rechazo. José fue maltratado y desacreditado por su propia familia. Una cosa hubiera sido ser echado en un pozo y vendido como esclavo por una banda de malhechores, pero experimentarlo a mano de sus propios hermanos habrá sido como una puñalada en el corazón.
3. Aquellos que rechazan a otros suelen encontrar justificativos para ello. Nosotros juzgamos a los hermanos de José por ser tan crueles, pero ellos seguramente pensaban que simplemente estaban “ajustando cuentas”. Es decir, ya era hora de que el muchacho bañado en el favor de su padre probara cómo se sentía ser rechazado. ¡Qué peligrosos son los razonamientos que nos dan permiso de equilibrar la balanza de la injusticia!
4. El rechazo puede convertirse fácilmente en un círculo vicioso. No sólo presentamos una tendencia a rechazar a los que nos rechazan, sino que también transmitimos los desdichados hábitos del rechazo a nuestros hijos. Afortunadamente, José respondió de una manera que interrumpió, al menos parcialmente, el ciclo de rechazo en esta atormentada familia. Sin la gracia de Dios, cuando llegan a ser mayores, los niños rechazados también suelen rechazar a sus propios hijos. Sería de esperar que,

por haber experimentado el rechazo de manera personal, nosotros evitáramos cometer el mismo error. Pero en realidad, manifestamos una tendencia a “herir a otros en mayor grado en áreas en las que nosotros experimentamos mayor dolor”.¹

5. El ciclo de rechazo no tiene por qué continuar. ¡A Dios gracias por el perdón! Cuando los que experimentan el rechazo entregan su corazón al Señor, pueden hallar salud espiritual, perdón y liberación. No necesitan vivir toda su vida en la desdicha y el resentimiento. Pueden hallar paz en presencia del Señor aun en las peores circunstancias. *José es un bello ejemplo de cómo una persona que ha sido severamente rechazada no queda destruida, porque pone su confianza en el Señor.*
6. A menudo, aquellos que más nos han herido, posteriormente quedan a nuestra merced. Lo vemos en muchos relatos bíblicos. José tenía tanto la posición como el poder para hacer daño a sus hermanos. Moisés podría haberse apartado del camino y permitir que Dios exterminara a los israelitas que murmuraban. David tuvo oportunidad de quitarle la vida a Saúl. Dios parece haber preparado estos eventos para ofrecerles a los que han rechazado a otros, oportunidades para arrepentirse y a la misma vez, para poner a prueba y desarrollar el carácter de aquellos que habían respondido correctamente ante el rechazo.

Ejemplo No. 3: El rey Saúl fue rechazado por Jehová (1 Samuel 15).

El rechazo de Saúl como rey se hizo evidente en una serie de incidentes en los que Saúl actuó por su propia cuenta y cuando fue confrontado por ello, se justificó.

Primero, “se esforzó” y ofreció el holocausto, porque Samuel se tardaba en llegar (1 Samuel 13:12). Segundo, desobedeció las instrucciones de Dios, al no exterminar por completo a los amalecitas (1 Samuel 15). Se justificó una y otra vez ante Samuel hasta que, al fin, reconoció: “Yo he pecado”. Por medio de Samuel, Jehová declaró claramente que Saúl se había descalificado a sí mismo para gobernar sobre el reino de Israel, y que sería reemplazado por un varón más fiel (1 Samuel 13:14 y 15:26–28). Pero pese a lo que había declarado Dios —o tal vez, por causa de ello—, Saúl se aferró desesperadamente a su posición y reaccionó de manera violenta contra cualquiera que representara una amenaza para él.

Podemos instruirnos mucho sobre el rechazo en el liderazgo observando la vida de Saúl.

1. Ser rechazado de un cargo de liderazgo no equivale a ser rechazado como persona. Saúl parecía incapaz de comprender esta distinción. Una de las tentaciones que enfrentan los líderes es tomar posesión de su posición. En realidad, Dios había dado el reino a Saúl, y tenía todo el derecho de quitárselo. Al observar a otros reyes y sus pecados, vemos que Saúl bien podría haberse arrepentido y hallado el perdón, aunque Dios lo hubiera despojado de su trono.
2. El hombre que se obsesiona con defender su posición tras haberse descalificado a sí mismo sólo agrava el problema. ¡Cuánto mejor hubiera sido que Saúl aceptara la sentencia de Dios, reconociera sus pecados y fracasos con sinceridad, y apoyara al sucesor! Tal como estaban las cosas, la situación fue de mal en peor. Saúl sufrió. David sufrió. Los

más allegados a Saúl y David también sufrieron. El reino entero sufrió mientras Saúl cometía un error tras otro.

3. Un hombre que experimenta el rechazo en una posición de gestión pública se verá tentado a utilizar aquella posición para beneficio personal. Saúl empleó tácticas de intimidación. Usó su posición para condicionar a sus rivales al fracaso. Aparentemente, llegó a amenazar a los parientes de David (1 Samuel 22:1–4).
4. Despojó de sus derechos y puestos a todos los que se le oponían. Hizo uso de recursos y personal militar para perseguir a David. Podríamos imaginar cuánto tiempo y dinero se desperdició, y cuántos comunicados distorsionados se publicaron en defensa de Saúl.
5. Cuanto más público es el rechazo, más doloroso resulta. Cabe observar aquí que Saúl no fue el único funcionario público que fue rechazado. También Samuel percibió el rechazo cuando el pueblo solicitó un rey para reemplazar a sus hijos, un dúo de jueces corruptos. En distintos grados, todos los líderes experimentan algún tipo de rechazo: rechazo personal, rechazo de ideas, críticas por la forma en que manejan las situaciones, críticas de miembros de la familia, y demás. Existe una notable diferencia entre el rechazo de una persona por su lealtad y el rechazo por su deslealtad. Pero la realidad es que cuanto más público sea el rechazo, más fuerza de carácter se requiere para responder de manera sabia y humilde.

Ejemplo No. 4: David fue rechazado por Saúl (1 Samuel 18).

Si bien David llegó a ser el yerno del rey, es evidente que Saúl dispuso esto por obligación, y no de buen grado. Finalmente, David cayó en la cuenta de esto también. Por declaración de Saúl, pasó de ser héroe nacional al principal enemigo de la nación.

Durante varios años, David vivió como fugitivo, aislado de su hogar y familia, desconociendo los peligros y aflicciones que enfrentaría día a día. Incluso, es posible que la influencia de Saúl haya afectado la opinión que los familiares de David tenían de él (ver Salmo 27:10). Pero gracias a estos momentos difíciles, germinaron muchos salmos hermosos (Salmo 27, Salmo 7, Salmo 34, y otros). Aquí observamos lo siguiente:

1. El rechazo acontece tanto a buenos como a malos. En el caso de David, un hombre malo rechazó a uno bueno. Pero gente buena también puede rechazar a gente mala. Sin dudas, gente mala rechaza a gente mala. Pero, lo más confuso es que a veces la gente buena rechaza a gente buena. Esto no debería suceder, pero vivimos en un mundo caótico en el que ocurren estas cosas. Desgraciadamente, a veces la iglesia y los hogares cristianos manifiestan esta misma clase de desorden.
2. El rechazo puede surgir de otros factores también. El rencor de Saúl lo llevó a considerar a David como enemigo, a pesar de que David le brindaba todo su apoyo. Gente mala puede rechazar a gente buena por razones ajenas a la enemistad. Un hombre íntegro, por ejemplo, podría evocar en un joven rebelde la imagen de su padre inconstante, quien intentaba aparentar espiritualidad ante los demás. Como

resultado, el joven podría rechazar categóricamente al hombre auténticamente íntegro. Podríamos llegar a rechazar a una persona simplemente por pertenecer a una familia determinada, una localidad, una cultura o una categoría de edad contra la que hemos desarrollado un prejuicio.

3. El rechazo es contagioso. Cuando un amigo nuestro rechaza a otra persona, es fácil consentir con ello. No sabemos cuántas personas consintieron con el rechazo que mostró Saúl por David o con cuánta disposición se adhirieron los partidarios al rey, pero sin dudas sabemos que algunos lo hicieron. Muchos años más tarde, observamos a Simeí insultando a David conforme al desagradable temperamento de Saúl (ver 2 Samuel 16:5–8).
4. Cuando respondemos correctamente, Dios puede utilizar el rechazo para ablandar la dureza de nuestro corazón y prepararnos para llevar a cabo un ministerio eficaz. David compuso salmos durante estos confusos y dolorosos años de rechazo público. No hay duda de que David llegó a ser un rey más sabio como resultado de los años que padeció bajo la mano opresiva de Saúl.

Podemos estudiar otros ejemplos en la Biblia. Las esposas de Esaú fueron rechazadas por los suegros, y Esaú sintió esto de manera muy personal (Génesis 28:8-9). Jefté fue rechazado por sus hermanos, porque su madre era prostituta (Jueces 11). Jeremías, juntamente con muchos profetas en la historia de Israel, fue rechazado por el pueblo de Israel porque detestaban su mensaje (Jeremías 1:19). Jesús fue “despreciado y desechado entre los hombres” (Isaías 53:3). “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11).

El ciego de cuarenta años a quien Jesús sanó fue expulsado por los líderes religiosos por haber desafiado su incredulidad y confesado abiertamente su fe en Cristo (Juan 9:34). Cuando después de convertirse, Saulo intentó relacionarse con los creyentes en Jerusalén, “todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo” (Hechos 9:26).

Tomando en cuenta todos estos ejemplos, podemos definir el rechazo de la siguiente manera: *El rechazo implica excluir o desvincular a una persona de la interacción con otras personas*. Los que rechazan a otros les están privando de la aceptación o el reconocimiento que pudieran tener dentro de un grupo dado. La persona rechazada queda excluida de los privilegios e interacciones permitidas a otros miembros de la familia, círculo de amistades, congregación o comunidad. La gente puede rechazar a una persona por hacer el bien, pero a menudo es una reacción pecaminosa o egoísta a los pecados y faltas de una persona, y suele venir acompañada de sentimientos de aversión, desaprobación o desprecio.